

De mudar el nocturno centinela,
De hacer guardar servicio riguroso,
Y velar á mi vez al que me vela.

Las noches ocupaba antes gozoso
Por ver girar sobre la esfera pura
El coro de los astros luminoso.

Ahora me desvelo en noche oscura
Por rechazar los bárbaros sangrientos,
Que cubren nuestro suelo de amargura.

Si concedo al descanso unos momentos
Por el reloj con precision medidos
¡Qué de sueños me asaltan turbulentos!

De las congojas del dia nacidos,
Como objetos de horror y de tortura
Conturban por la noche mis sentidos.

Paréceme, que huyendo con presura,
El bárbaro nos carga de cadenas
Y lleva á esclavitud lejana y dura.

Cuando de tanto horror, despierto apenas,
Vuelvo á nuevo afanar, para mí digo,
Aquí tendràn su término mis penas.

Si entrare en la ciudad el enemigo
A sangre y fuego, desatado en lloro
En el santuariõ buscaré mi abrigo.

Allí ante el Dios Eterno á quien imploro,
De sus sagradas áras abrazado,
Y puestos ante mí sus vasos de oro,

Opóndrême al arrojó del soldado;
Y si me diere muerte allí protervo,
Compasivo el Señor verá bañado
El altar con la sangre de su siervo.

A UN NIÑO.

I.

Cuando veniste á la tierra
Derramaste, hermoso Niño,
En tu familia y tu casa
El mas puro regocijo.

Los semblantes, que cercaban
Tu cuna, recién nacido,
Respondieron con sonrisa
A tus primeros vagidos.

No te aguardaban riquezas
Ni brocados esquisitos,
Sino el amor de tus deudos
Y de tu madre el abrigo.

Cuando en sus brazos quedabas
Al grato sueño rendido,
Gozabas tú del descanso
Y ella de un dulce delirio.

Te adormia con sus arrullos,
Y con besos repetidos
Te despertaba, mirando
El mundo en tí reducido.

Ya sus rasgos empezabas
A conocer indeciso,
Y lanzábaste à su seno
Alborozado y festivo.

Tal vez entónces tu pecho,
De amor inocente herido
Sintió, aunque confusamente,
Los nobles afectos de hijo.

Así la reciente aurora
Con su regalado brillo,
Los inmensos resplandores
Anuncia del dia vecino.

En tus azulados ojos
Brillaban rayos activos,
Y la donosura y gracia
En tus labios purpurinos.

Eras cual planta preciosa,
Que el sol fecunda benigno,
Las dulces auras halagan,
Y riega el blando rocío.

Eras joya de tu casa,
Eras de tu madre hechizo,
El gozo de tus hermanos,
De mi corazón alivio.

Mas, ay! pasaste cual sombra,
Volaste como un suspiro,
Y tus luces se apagaron
Allá en el sepulcro frío.

II.

Densa noche sucede al breve día,
Inmenso mal al bien que poco dura,
Y á la temprana vida la agonía.

Se apoderó de tí la calentura,
Con un fuego sutil quemó tu frente,
Y consumió tambien tu sangre pura.

Herido en lo mas vivo de repente
Quedaste sobre el lecho derribado,
Lleno de languidez triste y doliente.

Así queda en el polvo sepultado
El bello lirio en el ardiente estío,
De su lustre y aromas despojado.

El alma me llenó terror sombrío
Cuando en tu rostro ví, que revelabas
La intensidad del mal, perdido el brío.

La llama que en el seno alimentabas
Los alivios negó, que pretendías
Alcanzar, cuando apenas respirabas.

Sin refrigerio en torno te volvías,
Y á fuerza de gemidos y lamentos
El curso de la muerte detenías.

¡Cómo se prolongaron tus tormentos!
¡Y cómo con su vista se aumentaron
Mis profundos y amargos sentimientos!

Mis ojos incesantes te velaron
Hasta rayar la lumbre matutina,
Y al mirarte llorar tambien lloraron.

Tu suerte lamentable vaticina,
Y sus marcas de fuego dolorosas
Estampó sobre tí la medicina.

Entónces tus pupilas lagrimosas
Levantabas á mí, como pidiendo
Que calmara tus penas rigurosas.

¡Qué pude hacer en lance tan tremendo,
Sino obligarte á nuevos sacrificios
A las tuyas mis lágrimas uniendo?

Ineficaces fueron mis oficios,
Que la cruda dolencia progresaba
Dando ya de tu fin ciertos indicios.

La muerte entre tinieblas se acercaba,
Y empañó con su aliento el brillo puro
Que en tus serenos ojos se mostraba.

Cesó tu padecer: del mundo obscuro
Volaste al alto empireo esclarecido,
Donde respiras ya libre y seguro.

¡Ay! cuando conocí que habias partido
Y tu yerto cadáver en mis brazos,
Se mostró sin aliento y sin sentido;

Pedí al cielo, rompiese ya los lazos
Que me unen à la vida, y se salia
Mi corazon del seno hecho pedazos.

Mi rostro con tu rostro confundia,
Mi boca con tu boca, y de mis ojos
Una fuente de lágrimas vertia.

¡Oh si unir à los tuyos mis despojos
Pudiera en este instante, Niño tierno,
Acabáran de un golpe mis enojos.

Hechizo blando del amor paterno,
¡Oh que presto de mí te has alejado
Dejándome inundado en llanto eterno!

El contento contigo te has llevado,
Acabó de repente el dulce gozo,
Que habias en tu familia derramado.

Donde antes resonaba el alborozo,
Las risas y los juegos inocentes,
Hora suena el suspiro y el sollozo.

¡Oh mudanza cruel! ¡Cuán diferentes
Fueron tu nacimiento y tu partida!
¡Huyò el placer, dejándonos presentes
Hondo pesar y lloro sin medida!

III.

¡Por qué, inocente Niño,
De esta mansion te alejas?

¡La voz de mi cariño
Olvidas, y me dejas
Desalentado y mísero,
Luchar con el dolor?

Tú, que gracioso fuiste
Antes todo mi encanto,
Hora motivo triste
Eres de largo llanto:
Recuerdo melancólico
De un infeliz amor.

¡Qué injusta se ha mostrado
Con nosotros la suerte!
Debieras á mi lado
Tú, presenciar mi muerte,
Y con tus dulces lágrimas
Bañar mi helada faz:

Y yo nunca debiera
Ver en tan negro dia
De tu hora postrimera
La penosa agonía;
Ni en el humilde féretro
Depositarte en paz.

Tus preciosos despojos
 Al fondo descendieron
 De la tumba; mis ojos
 Llorando te perdieron:
 Sobre tu losa fúnebre
 La Eternidad se alzó.

De este mundo olvidado
 La lobreguez te oculta,
 Cual tesoro ignorado,
 Que la tierra sepulta:
 Mas contigo en el túmulo
 Mi corazón quedó.

En sueños tu brillante
 Imágen se me ofrece,
 Despierto y al instante
 Huye y se devanece,
 Cual pasa del relámpago
 El resplandor fugáz.

Tus quejas vagarosas,
 Que de dolor me llenan,
 Todavía lagrimosas
 Bajo mi techo suenan,
 Como en las selvas lóbregas
 Vaga el eco locuáz.

Desde el sepulcro helado
 Tu acento me amonesta,
 Que vele preparado
 Para la hora funesta,
 En que la muerte pálida
 Me salga á recibir.

¡Ay! al Eterno pide
 Temple su golpe crudo,
 Pues el tamaño mide
 De mi dolor agudo,
 Y abrevie luego el término
 De irme contigo á unir.

AL MISMO.

Niño, que te partiste en presto vuelo
 De esta tierra de crímenes manchada,
 Sumergiendo en amargo desconsuelo
 Tu pobre casa y tu familia amada:
 Si conservas allá en el alto cielo
 Recuerdos de esta vida desgraciada,
 Ruega al Señor Eterno á quien bendices,
 Que consuele á tus padres infelices.

EL SEPULCRO DE MI MADRE.

BAJO esta losa fria
 ¡Idolatrada Madre!
 Descansan para siempre
 Tus restos venerables:

Descansan, y mis ojos,
 Que no te ven cual antes,
 Cercados de tinieblas
 En llanto se deshacen.

Estériles mis quejas
 Se pierden en el aire,
 Que nada los lamentos
 Contra la muerte valen:

Ni logra el blando ruego,
 Que ecshala el pecho amante,
 El que su presa vuelva
 La tumba incesorable:

Ni ménos á su impulso,
 Que dóciles se ablanden
 Del lúgubre destino
 Las puertas de diamante.

Llena de anhelo ardiente
 Rendida orabas antes
 En este mismo templo,
 Donde hora inmóvil yaces:

Pidiendo al Ser Supremo
 Con ruegos incesantes,
 Que en mí sus claras luces
 Benigno derramase.

¡Cuántas veces la aurora
 Te vió en estos umbrales,
 Impetrando del cielo
 Favores y piedades!

Jamas á lo alto fueron
 Tus súplicas en balde,
 Que era para el Eterno
 Tu valimento grande.

¡Cuántas mirò la noche
 Tus lloros abundantes,
 Como tu amor ardientes,
 Y á tu cariño iguales!

Tus débiles suspiros
 Herian estas naves,
 Que hora sordas repiten
 Mis dolorosos ayes.

Sobre las breves huellas,
 Que en pos de tí dejaste,
 En escuadron vinieron
 Mil bárbaros pesares;

Y alzándose terribles,
 Con fuerza incontrastable
 Lanzàronme á un abismo,
 Sobre barquilla frágil.

Así, Madre querida,
 Desde que tú faltaste,
 Cual náufrago navego
 En borrascosos mares.

Encréspanse las olas,
Silban los huracanes,
Y entre agrupadas nubes
Rugen las tempestades.

Perezco sin remedio
Pues que llegò á apagarse
La luz, que era mi guia
En las olas instables.

¡Oh si pluguiera al cielo,
que en tan horrible trance
Asilo bonancible
En tu sepulcro hallase!

En él nacen contino
Provechosas verdades,
Alivios duraderos,
Consuelos perdurables.

Desde él la llama oculta,
Que en tus cenizas arde,
Al corazon envia
Centellas eficaces.

No rico Mausoléo
De mármoles y jaspe
Oprime tus despojos,
Bajo su mole grave:

Sino sepulcro humilde
Al pié de los altares;
Lugar que tantas veces
En vida frecuentaste.

En torno las virtudes
Con cándido ropage
Te cercan, encubriendo
Llorosas el semblante.

Ellas en vela siempre,
Hacen que se te guarde
Respeto merecido,
Libre de todo ultraje.

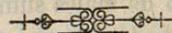
Permite, que me acerque,
Que con làgrimas bañe
Tus restos, y en mi auxilio
Con voz débil te llame.

Deslazado del cuerpo
Tu espíritu brillante,
Sobre el empireo goza
Delicias inmortales.

Espléndida diadema
Te ciñe radiante,
Y en trono de zafiros
Triunfas de las edades:

Contemplando segura,
Con ojos penetrantes,
La ingénita belleza,
Que vida y luz esparce.

Nunca de mí te olvides:
¡Ah! mi dolor te apiade:
No porque el cielo habitas
Dejas ya de ser madre.



UNA TARDE DE OTOÑO.

TAPIZA Otoño la tierra
De secas hojas. Confuso
Declina el sol al ocaso,
Entre nublados oscuros:

Su luz quebrada resbala
Sobre los collados mustios,
Y de la estéril ribera
Entre pañascos incultos.

Murió la pompa del año:
El campo que antes produjo
Cosechas ricas, cubierto
Está de polvo infecundo.

En el ancho cementerio
De todo ornato desnudo,
Al pié de la antigua torre
Cubierta á trechos de musgo,

Siéntome; oprimida el alma
Al peso de males sumos,
Y renovada del seno
La llaga, con golpe crudo.

Con meláncolica pausa,
Del bronce herido al impulso
El aire en torno resuena,
Y es de la muerte el anuncio.

Diversas fosas esperan
Del hombre los restos mudos,
En donde tambien se pierden
Sus vanidades y orgullo.

Allí el anciano, postrado
De años y trabajos muchos,
Desciende: allí la doncella,
Y el niño inocente y puro.

¿Quién es aquel, que mirando
Con vista atenta el sepulcro,
A la compasion no paga
De lágrimas un tributo?

¿Y mas, si estando ligado
Antes de amor con los nudos,
A triste gemir y duelo
Despues la ausencia redujo?

¡Ay, à mis cansados ojos,
Con llanto opacos y turbios,
Tu figura se presenta
Pálida, y la voz sin uso,

Jóven malogrado! ¿Incierto
Me miras? ¿Quién así pudo
Dar á tu ingenuo semblante
Ese tinte taciturno?

Me acerco: con voz doliente
Te llamo ansioso, y al punto
Huyes, y te desvaneces,
Como en los aires el humo.

Cuando apenas empezabas
A percibir del estudio
Los recónditos placeres,
Que ignora el profano vulgo:

Entonces asoladora
 Peste, con aliento impuro,
 En tí vertió su veneno,
 Y á la tumba te condujo.

Pasó, como luz liviana
 De noche, tu breve curso:
 Brilló un momento, dejando
 Sombras y terror profundo;

Y contigo perecieron
 De la muerte al golpe rudo,
 Lisongeras esperanzas,
 Que el pecho en vano mantuvo.

A ser tu vida tan breve
 ¿Para qué veniste al mundo,
 En tu familia causando
 Dolor inmenso sin fruto?

Sábelo aquel, que conoce
 Los arcanos mas ocultos:
 A cuyos altos designios
 No llega humano discurso:

El que los mares rugientes
 A abismos ciertos redujo,
 Y sobre bases perpetuas
 Los altos montes impuso:

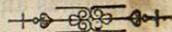
Yo á su presencia postrado
 Venero sus atributos,
 Y mi voluntad sumisa
 Rindo á sus decretos justos.

El objeto de mi pena
 Posa en su seno seguro,
 Mientras yo, desventurado,
 De llanto en llanto discurro.

Así con ley siempre sabia
 La Providencia dispuso
 Dar á la inocencia premio,
 Y á mí un aviso oportuno.

Ya en las esferas la noche
 Desplega el manto profuso,
 Y de tinieblas eternas
 Cíñe su semblante augusto:

Descansa el orbe en silencio
 Mas yo por nuevo estatuto,
 Para el infortunio velo,
 Y para el dolor madruggo.



MEMORIAS FÚNEBRES.

EL BIEN PERDIDO.

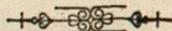
SONETO I.

Lágrimas, que abrasais de mis megillas
 El marchito verdor con curso ardiente,
 Desde hoy se perderà vuestra corriente
 De la ancha eternidad en las orillas.

En vano elevaré preces sencillas
 Para volver á ver el bien ausente:
 ¿Podrá dar vida mi gemir doliente
 Del sepulcro á las sombras amarillas?

Pasaste ya las aguas del olvido,
 Y yo en la tierra permanezco, donde
 A llorarte quedé, dueño querido:

El sitio toco, que tu cuerpo esconde,
 Clamo al mármol con grito dolorido
 ¡Y á mi ronco clamor nadie responde!



PRENDAS DE AMOR.

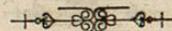
SONETO II.

Prendas, en otro tiempo recibidas
 De mí, con dulces lágrimas regadas,
 Con ósculos ardientes regaladas,
 Y con tristes presagios recogidas,

Hoy en mi duelo recordais unidas
 De un afecto infeliz glorias pasadas:
 ¿Dónde quedais memorias desdichadas?
 Caricias de mi bien ¿dónde sois idas?

Prendas, que recordais bienes y males,
 Vuestra vista en tormento se convierte
 Con afectos del todo desiguales:

Valor tomáis de la mudable suerte;
 Fuísteis antes de amor fieles señales,
 Ora solo despojos de la muerte.



EL RUEGO.

SONETO III.

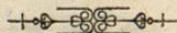


De mí con duro golpe dividida
Al sepulcro bajaste, sola y yerta:
Tu bella forma, inanimada y muerta,
Yace en polvo y ceniza convertida.

Tu alma, de los sentidos dividida,
Entre los brazos del Criador despierta:
Ora brillas allá con luz mas cierta
En las nuevas regiones de la vida.

Mírame convertido en largo llanto
Ciegos mis ojos, sin tu lumbré pura,
Despedazado el pecho de quebranto;

Y merezca contigo mi ternura
Un mismo asilo sobre el cielo santo,
Y en la tierra una misma sepultura.



EL CORAZON DESCUBIERTO.

SONETO VI.



Desde que del empíreo que te admira
Pisaste las regiones superiores,
Y alumbrada de vivos resplandores
Disciernes la verdad de la mentira:

Tu penetrante vista observa y mira
Mi insano corazón, lleno de horrores.
¡Qué indigno de tus cándidos amores,
Y de esa tu beldad por quien suspira!

Pero también has visto, dulce esposa,
Que alejado del tuyo, no hay quien sume
La serie de sus males dolorosa:

Que siempre te amó fiel, y no presume
Mas que ofrecer á tu deidad hermosa
El fuego abrasador que lo consume.

